Fauna Guardianes

INIA

El encantado

DELFÍN ROSADO · Una aventura ilustrada





01

La ciudad bajo el agua

Cuando Noé era muy chico, su abuela le contaba, en las noches de lluvia, la historia del Encante.

—Debajo del río —le decía, bajando la voz— hay una ciudad. Una ciudad entera, de calles de agua y techos de luz, donde viven los encantados. Y los encantados, hijo, salen de noche. Se vuelven gente. Hombres guapos, de sombrero blanco, que suben a las fiestas de los pueblos a bailar, y que a veces se llevan a alguien al fondo, para siempre.

—¿Y cómo los reconozco, abuela? —preguntaba Noé, entre asustado y fascinado.

—Por el sombrero, que nunca se quitan: debajo esconden el respiradero. Y porque de día vuelven a ser lo que son: botos. Delfines rosados. Por eso, óyeme bien: al boto no se le hace daño. Nunca. En la historia, el que mata un boto mata a un encantado. Y al que mata a un encantado... le llega la desgracia. Siempre.

Noé, de chico, creía cada palabra, y miraba el río oscuro con un respeto que era casi miedo.

Pero Noé creció. Y dejó de creer. «Son cuentos de viejas», pensaba ya a los once años. «Debajo del agua no hay ciudades. Hay lodo, peces y palos.»

La abuela lo vio guardar el sombrero. No intentó convencerlo. Afuera sonó una respiración, breve, y el niño se volvió hacia la ventana.





02

El encargo

La noche en que Noé dejó de ser niño del todo, su tío lo llamó al embarcadero.

—Vente. Hoy aprendes a conseguir carnada.

En la canoa, bajo la lona, Noé vio un arpón. Y entendió.

—Tío… ¿vamos a…? ¿A un boto? Pero la abuela dice que…



—La abuela dice muchas cosas —lo cortó el tío, empujando la canoa al agua negra—. Y mientras ella cuenta sus historias, en esta casa no alcanza ni para el arroz. Óyeme: hay un pez, la mota, que se vende bien río abajo. Y la mota pica mejor con carne de boto que con cualquier otra cosa. Un boto da carnada para semanas. Semanas de comida, Noé. —Escupió al agua—. Las historias no llenan la olla. Ya estás grande. Hoy me ayudas.

Noé no dijo nada. Pero sintió, en el estómago, algo frío, como si el río entero lo estuviera mirando.

03

El bosque inundado

Remaron hacia adentro, hacia donde el río, crecido, se había metido entre los árboles. Y entonces el mundo cambió.

Ya no era un río con orillas. Era un bosque entero bajo el agua: troncos enormes saliendo del agua negra como columnas, ramas que rozaban la cabeza, raíces sumergidas, frutos que caían y hacían «ploc» en la oscuridad.



La canoa se deslizaba entre los árboles, por encima de donde, en seca, Noé habría caminado en tierra firme. El agua estaba quieta, espesa, del color del café. No se veía nada debajo.

—Aquí es —susurró el tío, levantando el arpón—. Aquí vienen de noche. Cállate. Y cuando veas que uno sale a respirar, me avisas, pero bajito.

Noé se quedó quieto, con el corazón golpeando. El bosque inundado, de noche, no parecía un lugar de este mundo. Parecía, pensó sin querer, el techo de una ciudad sumergida.





04

La que caminaba entre los árboles

El soplo llegó junto al costado de la canoa.

Noé se inclinó. INIA había salido a respirar entre dos troncos. Su lomo, gris con manchas rosadas, recogió un poco de luna. La cabeza giró y el hocico largo desapareció por un hueco entre las raíces.

El niño buscó bajo el agua el resto del cuerpo. No vio nada.



«Allí», dijo su tío.

INIA reapareció más lejos. No nadaba hacia ellos: recorría su propio camino por el bosque inundado.

El tío apartó la lona. La punta del arpón rozó la madera e hizo un sonido pequeño.

Noé puso la mano sobre el banco.

Sabía para qué habían venido. Hasta entonces había conseguido no imaginar el instante exacto.

El hombre se incorporó. La canoa se inclinó hacia él.

INIA tomó aire.



05

El arpón

«No.»

El tío no lo oyó.

Noé lo repitió más alto.

«No quiero avisarte.»

La punta del arpón seguía apuntando al agua.

«Siéntate.»

El niño quiso apartarse del hierro. Buscó con el pie el fondo de la canoa, encontró la lona y resbaló. Su tío giró para sujetarlo. La embarcación se ladeó.

Noé cayó por el costado.

El ruido del mundo desapareció. Intentó encontrar el borde de madera, pero sus dedos sólo tocaron agua. Algo le rozó el tobillo. Pateó con tanta fuerza que perdió la sandalia.

Rompió la superficie tosiendo.

«¡La rama!»

Oyó a su tío, no supo dónde. Un palo golpeó el agua junto a su hombro. Se agarró con las dos manos.

El hombre tiró. Noé se golpeó las rodillas contra la canoa y quedó doblado sobre el borde, sin poder dejar de toser.





06

Lo que flota

La rama quedó atravesada sobre los bancos.

El tío tenía una rodilla en el agua del fondo y sujetaba a Noé por la cintura. Ninguno habló hasta que el niño pudo respirar sin toser.

«Mírame.»

Noé levantó la cara. El hombre estaba temblando.



Le quitó la camisa empapada, lo envolvió con la parte seca de la lona y buscó el remo. Para alcanzarlo tuvo que pasar por encima del arpón.

Se quedó mirándolo.

En el bosque sonó un soplo. Noé giró la cabeza, pero el agua ya estaba cerrada. INIA seguía allí, en algún lugar que él no podía ver.

No había venido a sacarlo del río. Tampoco tenía por qué.

«Vámonos», pidió.

Su tío recogió el hierro y cubrió la punta antes de mover la canoa.

07

Cara a cara

La abuela estaba al comienzo del embarcadero con una lámpara.

Vio la lona. Vio los pies descalzos.

«Se cayó», dijo el tío.

La abuela dejó la lámpara en el suelo y le tocó al niño la cara, el pecho, los brazos. No preguntó por el boto.



Dentro lo secaron, lo abrigaron y pidieron ayuda para revisar cómo estaba. Su tío salió y volvió con otra manta. Se quedó en la puerta sin saber dónde poner las manos.

«Yo lo llevé», dijo al fin.

Noé miró el sombrero del clavo.

Había imaginado que, al regresar, sabría si la historia del encantado era verdad. Sólo sabía que había tenido mucho miedo.

Y que había dicho que no.

La abuela se sentó a su lado. Esta vez no contó nada.





08

El encanto

Volvieron al río varias semanas después. Con luz. Noé llevaba un chaleco y no se puso de pie para mirar.

Su tío había dejado el arpón en tierra.

Se detuvieron antes del bosque inundado. INIA apareció lejos de la canoa y volvió a hundirse.

«¿Nos estará viendo?», preguntó Noé.

«No sé.»



La respuesta del tío lo sorprendió.

Otro soplo, detrás de los troncos. El niño alcanzó a ver la cabeza girando antes de desaparecer. Pensó en todo lo que había debajo y que él seguía sin conocer.

La corriente arrimó la canoa a una rama. El tío la apartó con el remo, despacio.

No persiguieron a INIA.

Al rato Noé dejó de buscar un sombrero en cada sombra. Un boto que encontraba su camino entre los árboles le parecía suficiente para quedarse quieto y esperar.

09

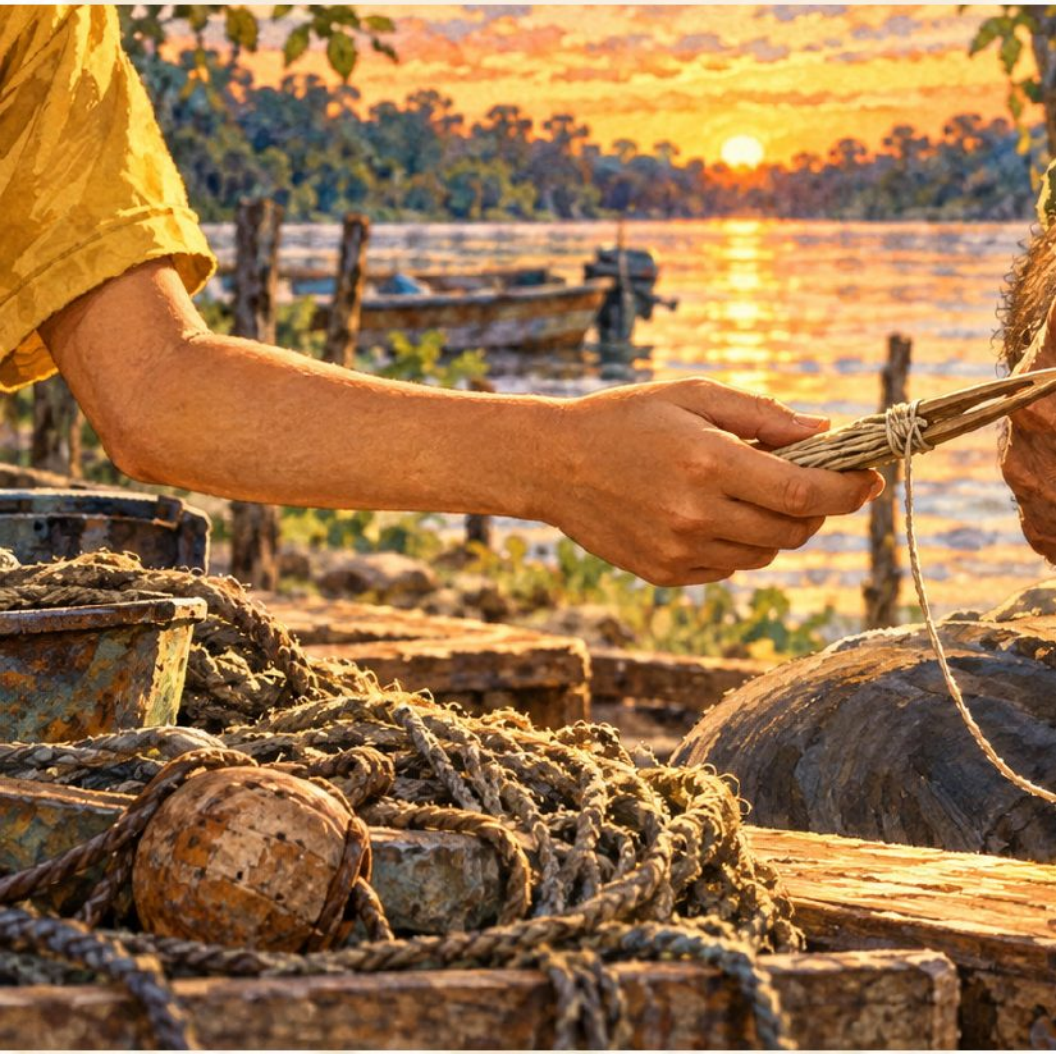
Lo que vale vivo

El tío no se volvió guía de una mañana para otra.

Tuvo que preguntar, aprender reglas y reconocer que otros sabían cosas del río que él no sabía. Hubo semanas sin visitantes. Siguió pescando. Algunos días regresó con poco.

Una tarde le ofrecieron dinero por llevar una lancha muy cerca de los botos.

«Más cerca pagan mejor», dijo el hombre.



El tío miró a Noé, que desenredaba una cuerda en el embarcadero.

«Hasta donde no los cerremos contra la orilla.»

El hombre insistió. Luego se fue a buscar otra embarcación.

Noé esperó a que su tío se quejara del dinero perdido.

Él se sentó a reparar una red.

«¿Me pasas la aguja?»

El niño se la alcanzó. Esa noche hubo que estirar el arroz. Nadie dijo que cuidar fuera gratis.



10

El que cuida la historia

Años después, Noé empezó a contar la historia con el sombrero de la abuela sobre las rodillas.

Un niño levantó la mano.

«¿Y el boto te salvó?»

«Mi tío me sacó con una rama.»

«Entonces no era encantado.»

Noé se quedó un momento mirando el ala gastada.



«Aquella noche fuimos a hacerle daño. No nos debía nada.»

Desde el embarcadero llegó un golpe suave de agua. Los niños volvieron la cabeza. Noé levantó un dedo para pedir silencio.

Un lomo cruzó la franja de luz. No pudo saber si era INIA. Había aprendido a no asegurar lo que no veía.

Le puso el sombrero al niño y lo sostuvo por el borde para que no le tapara los ojos.

«Ahora te cuento cómo dicen que se baila debajo del río.»

Afuera volvió a oírse una respiración. La historia esperó a que terminara.



Lo que sostiene el cuento

En el mundo real

Los botos son delfines de agua dulce. Su cuello relativamente flexible y la ecolocalización los ayudan a moverse y encontrar alimento en aguas turbias. El color varía; no todos son de un rosa uniforme. La captura accidental y la caza para carnada amenazan a estos animales.

Lo que inventamos

El relato del encantado tiene variantes en distintas comunidades amazónicas. La versión de la abuela pertenece a esta familia ficticia, no representa a todos los pueblos de la región. INIA no rescata a Noé: el auxilio es responsabilidad humana. Nunca se debe buscar contacto con un delfín silvestre.

Tu turno

Pide a alguien de tu familia una historia sobre un animal. Pregunta quién se la contó y qué parte recuerda mejor. Después averigüen un dato del animal real. Escribe ambas versiones sin obligar a una a reemplazar a la otra: ¿qué pregunta conserva cada una?

Para seguir descubriendo

WWF · Amazon river dolphin

NMMF · Amazon River Dolphin

Las fuentes respaldan los datos naturales, no las aventuras ni los diálogos de los personajes. Consultadas en octubre de 2026.

El encantado

Noé cree que ya es demasiado grande para los cuentos de su abuela. Una noche, en el bosque inundado, tendrá que pronunciar una palabra pequeña frente a su tío. El boto seguirá siendo un boto. Eso cambiará todo.



Jorge Uribe Maza · FAUNA Guardianes

Edición visual V3.0 · Octubre de 2026
Texto e ilustraciones revisados con asistencia de inteligencia artificial.

betafaunaguardianes.pages.dev